

usted hasta el lunes y eso porque es usted mi parroquiano. Si el lunes no me cumple lo ofrecido, yo sabré lo que tengo que hacer.

Lefrançois tuvo una recaída de rabia orgullosa al oír al carpintero hablarle en aquel tono y en su mismo despacho.

— Ya se está usted largando de aquí, viejo idiota, exclamó. Buena suerte tiene usted en que su hija sea tan bonita, porque, si no, le haría salir de aquí de buenísima gana á puntapiés, para enseñarle á ser bien educado, viejo borracho.

Al oírse tratar de este modo, Guepín recobró el sentimiento de las distancias; se inclinó ante el banquero y dijo con humilde mirada:

— Dispénseme usted, señor Lefrançois, que me haya dejado arrebatado hasta desagradarle... Yo soy siempre su respetuoso servidor...

— ¡Ah! En hora buena, gruñó Lefrançois. Ahora largo de aquí... Me está usted haciendo perder el tiempo con sus majaderías. Hasta el lunes.

Le empujó hacia la puerta, donde le dejó en poder del mozo de despacho, y volvió á entrar murmurando, lo que no era de buen augurio para los pobres diablos que esperaban vez para entrar en el cuarto del banquero.

III

Dos días después del de la visita recibida por Florencia en casa de su tía, estaba la joven muy ocupada en limpiar los rosales del jardinillo, cuando vió aparecer por encima de la cerca una mano que empuñaba un grueso ramo de flores silvestres y oyó la voz de Pablo Daniel que decía:

— Buenos días, señorita Florencia, ¿quiere usted abrirme la puerta para que hablemos?

La hermosa rubia cogió el ramo con graciosa sonrisa y, sin emoción aparente, siguió la tapia hasta la cancela de madera que daba á la calleja en que estaba el enamorado, descorrió el mohoso cerrojo y dijo:

— Entre usted, señor Daniel.

Pablo la miró á la intensa claridad de aquella luminosa mañana, para buscar la huella de sus falsedades en sus puros ojos negros y en su blanca

frente rodeada de cabellos de oro, y la vió tranquila, fresca, inocente, como una imagen de la sencillez y del candor.

— No esperaba hoy su visita, dijo la joven. ¿No ha traído usted á su amigo?

Aquella pregunta tan sencilla y tan natural, desagradó extraordinariamente á Pablo. ¿A qué venía hablar entonces de Bernardo? ¿Cómo era que Florencia se acordaba de él?

— No, vengo solo, respondió. ¿Lo siente usted?

— ¿Por qué, Dios mío? Á usted nada más es á quien tengo gusto en ver.

No hacía tres minutos que estaban hablando y ya Florencia había empezado á mentir. Miró á Daniel con coquetería y dijo:

— Pero ¿cómo es que ha podido usted ausentarse hoy de Beaumont? ¿Tiene usted vacaciones?

— No, señorita. He pedido que me suplieran para venir. Tengo necesidad de que hablemos muy seriamente.

— ¿Tan importante es lo que tiene usted que decirme?

— Sí, porque es preciso que esta vez sepa al dejar á usted si puedo contar, ó no, con su promesa.

Florencia frunció las rejas. Odiaba la violencia, y la explicación que Daniel pretendía imponerle le pareció insoportable.

— Muchas seguridades pide usted, respondió. ¿No se le han dado ya bastantes?

— Todas las que he recibido han caído por su base, y no puedo ya creer en nada. Su mismo padre de usted me ha confesado que dudaba si cumplir nuestros proyectos.

— ¿Mi padre? ¿Cuándo ha hablado usted con él?

— Ayer tarde. Me pareció muy turbado por la precisión de mis preguntas. Al principio se extendió en palabras vagas sobre el peligro de ir demasiado de prisa en los asuntos, sobre la doblez de los que dan consejos, sobre la natural ambición de casar á las hijas lo mejor que se puede. Después, cuando yo le apremiaba con mi pregunta: « Pero, en fin, ¿seré ó no su yerno de usted? » Acabó por responderme: « ¡Qué sé yo! El uno me dice blanco, el otro negro. Vaya usted á buscar á mi hija y que ella decida. Después de todo nadie más que ella se ha de casar. La chica tiene buena cabeza y lo que haga estará bien hecho. » Este fué, en resumen, el discurso de su padre de usted. Comprenderá usted ahora si era indispensable que viniese hoy. Debe usted tener bastante confianza en mí para no dudar de que es rigurosamente exacto cuanto le digo. Expliquémonos, pues, como desea su padre de usted y como yo se lo ruego.

Florencia miró á Daniel con triste candor. Parecía un ángel injustamente acusado y puesto en la precisión de protestar de su inocencia.

— Es cierto, dijo, que mi padre recibió las inspiraciones de no sé quién y que su intención al enviarme aquí era tomarse tiempo para reflexionar. Pero no ha obrado sino por cariño hacia mí y yo no puedo mirar eso como un crimen. Le he obedecido como le obedecí cuando me prometió á usted. ¿Qué hubiera usted pensado de mí si me hubiera resistido á su voluntad? Creí que el tiempo haría su obra, que usted sabría defenderse y que todo se arreglaría, y ya ve usted que no me equivocaba, puesto que ha hablado usted con mi padre, él mismo le ha enviado á buscarme y estamos aquí, en este jardín, por el que sería más agradable que nos paseáramos hablando amablemente que permanecer inmóviles querellándonos.

Es muy difícil resistir á una muchacha bonita que habla sonriendo entre el perfume de los heliotropos y de las rosas y bajo los rayos dorados de un sol de primavera. El cielo, las flores, la brisa, las dulzuras todas de la naturaleza eran cómplices de la joven para engañar al tierno Daniel. El profesor desarrugó la frente, dió el brazo á la joven y echó á andar por la calle de árboles en una sombra embalsamada, de deliciosa frescura.

— Tendría muchas quejas que darle, dijo, por-

que se ha resignado usted muy fácilmente. ¿ No hubiera yo merecido un poco más de interés?

— Nadie sabe lo que he hablado por usted ni lo que yo hubiera hecho en el último momento. Es usted muy ligero para acusarme.

— Es que amo á usted apasionadamente y mis temores son proporcionados á mi amor. Si estuviera tranquilo y resignado como usted, ¿ pensaría en dirigirle quejas? Tomaría, por el contrario, el tiempo como se presenta con completa indiferencia. Pero no es así; todo lo que pone en duda el porvenir y la seguridad de mi dicha, me turba y me atormenta. Cuando tendría usted derecho á dirigirme censuras es si hubiera permanecido tranquilamente en Beaumont y no por haberme vuelto loco, aunque en mi desesperación la haya acusado un poco de ingratitud.

— Aquí tenemos un amor que acaso no sea jamás muy agradable, dijo Florencia haciendo una graciosa mueca. ¿ Piensa usted estar siempre inquieto y celoso? Esa perspectiva no tiene nada de seductora para una mujer. En todo caso no se le puede á usted tachar de disimulado, pues muestra usted su carácter como es, con sus defectos y sus cualidades, y si yo no fuera buena é indulgente, tendría razón para quejarme por la poca confianza que demuestra su manera de obrar. Sealarma usted habiéndole yo dado las seguridades

UNIVERSIDAD DE JUJURO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

más formales y duda de mí por hablillas. ¿ Es esto propio de un espíritu reflexivo ?

— Lo es de un corazón muy enamorado.

— Pues bien, un poco menos de sentimiento y un poco más de razón. Las exageraciones no me seducen. Temo ser un poco tranquila para usted ó más bien que usted sea más entusiasta de lo que conviene para ser dichoso conmigo.

— Déjeme usted amarla y respondo de mi felicidad. En cuanto á la suya, mi única preocupación será asegurarla.

— ¡ Oh ! No dudo de que usted sea bueno. Todo me prueba que sí lo es y lo que me ha dicho su madre de usted bastaría para convencerme. Pero me asusta la exageración de sus sentimientos. Ninguna de las personas que me rodean piensa ni habla como usted. Sus ideas son nuevas para mí y me dan miedo.

Hablando así, paseaban por el jardín, á la sombra de los árboles que los envolvían en el amargo perfume de sus flores. Si Daniel hubiera podido entonces reflexionar, hubiera hallado en aquella corta conversación bastantes elementos de observación para saber á qué atenerse sobre el carácter, las tendencias y los gustos de su amada, y la frivolidad, la indiferencia y el egoísmo que indicaba le hubieran dado un concepto muy diferente de la que él miraba como una criatura

ideal. La hubiera juzgado pretenciosa, seca y, sobre todo, falsa, y se hubiera separado prudentemente de ella, aun á costa de pasar algunas noches en claro y algunos días de pena por el bien perdido. Todo era preferible á casarse con aquella encantadora joven creada con tanto esmero por la naturaleza para producir al rededor de ella la alegría y la pena. Pero Daniel estaba obcecado por la idea fija de poseer á Florencia y todo lo que no tendiese á asegurar la realización de su deseo no existía para él. Incapaz de razonar, cerrados los ojos á toda observación y con las facultades intelectuales absorbidas por aquella preocupación única, se hubiera arrojado sin vacilar al fondo de un abismo si allí había de encontrar á la mujer amada, sin ver que la joven todo lo subordinaba á su egoísmo.

Florencia tenía una vaga idea de aquel estado de espíritu y así se lo había dicho al joven, franqueza instintiva que era como una rebelión de su pensamiento, cansado de seguir el curso de otras ideas más altas, más fuertes y más rápidas. Comprendía que no estaba al nivel de Pablo. Por más que el enamorado trataba de hacer desaparecer la barrera, no había acuerdo intelectual posible entre Florencia y él. No tenían punto alguno de contacto ni lazo de unión. No pertenecían á la misma patria intelectual, puesto que hablaban

lenguaje diferente, expresaban distintas ideas y eran, en suma, absolutamente extraños el uno al otro. Esto era lo que Daniel, á pesar de su clara inteligencia, no llegaba á comprender, cegado por su amor, y lo que Florencia conocía casi, guiada por su tacto femenino.

La joven, sin embargo, no rechazaba al prometido que había abierto el primero ante sus ojos una perspectiva seductora. Conservaba una secreta simpatía hacia el que la había realizado á sus propios ojos haciéndola comprender que merecía más que casarse con un obrero ó con un pequeño comerciante, sin perjuicio de estar dispuesta á abandonarle si se presentaba un partido aún más ventajoso, como le había anunciado su padre. Mientras tanto su confusión era extremada al ver que tenía que tomar una resolución ignorando lo que pasaba en Beaumont y lo que podía esperar. Y como las sonrisas no significan nada y es el sonreír menos peligroso que el prometer, no se las regateó á su pretendiente.

Volvieron á la casa y entraron en la sala en que estaba trabajando la tía cerca de la ventana, para echar de vez en cuando una mirada á los jóvenes que se paseaban con tanta cordura por la calle de árboles. La buena señora no manifestó ninguna extrañeza al ver á Daniel después de saber por su sobrina que el matrimonio se había des-

compuesto; y cuando se marchó le siguió con una mirada de tranquila compasión.

Florencia acompañó á Daniel hasta el primer recodo del camino y allí, en medio de los campos, á la sombra de una tapia coronada de hojas de viña, en el silencio y la calma de la tarde, permanecieron aún hablando unos instantes. La frente del enamorado estaba nublada por una secreta melancolía. Por ciego que estuviese tenía que darse cuenta de que la que adoraba no le había dado ni una sola vez en todo aquel tiempo la seguridad de ser suya. Más atrevido en el momento de partir, quiso obligar á Florencia á comprometerse, no pudiendo soportar la idea de irse sin saber si podía contar con su palabra, y exasperado por el temor y por la duda, estrechó á la joven entre sus brazos y la hizo sentir los latidos de su corazón.

— Florencia, dijo, ¿me jura usted que será mía?

La joven le dedicó una sonrisa de ángel y respondió:

— ¿Todavía está usted inquieto después de esta larga conversación?

— Florencia, insistió Daniel, me hace desgraciado el dejar á usted. Deme valor para soportar la ausencia y júreme que será mía.

La hermosa rubia levantó con coquetería un dedo y dijo:

— ¡ Ah ! Poca confianza tiene usted en mí y debiera castigarle...

Daniel sintió una crispación dolorosa viendo que la joven eludía siempre el responder, y repitió por tercera vez:

— Florencia, ¿ puede usted hacerme tan dichoso con algunas palabras ! ¿ No quiere usted hacerme el juramento que deseo ?

La joven inclinó la cabeza en el pecho de Pablo y mirándole con muda expresión aproximó los labios á la boca del joven y murmuró :

— Un juramento no vale lo que un beso.

Daniel no razonó más. No vió más que la caricia que se le ofrecía, y con una alegría deliciosa aceptó el beso por el juramento. Cuando volvió á entrar en posesión de su sangre fría, Florencia se había ya alejado en dirección de la aldea. Vió su vestido, al volver la esquina de la tapia, y se volvió á Beaumont con el corazón oprimido á pesar de su placer y con el espíritu inquieto á despecho de la prenda obtenida.

Tenía que reconocer que no había ganado nada con su prometida más que una tarde de conversación, en la que ninguna de las palabras pronunciadas había tenido una significación terminante, y un beso de los menos significativos concedido en mitad del campo sin que nada le diese derecho para interpretarlo como una prueba de amor. Se

sintió cansado de los esfuerzos hechos para nada, pues así lo comprendía entonces, y se preguntó qué iba á ser de él si tenía que vivir en perpetua lucha para defender su dicha contra la única mujer que podía proporcionársela. Daniel, casto hasta aquel momento de su vida, se había entregado á este cariño con un ardor que excluía todo arrepentimiento. Amaba por primera vez y con la certidumbre de que si la mujer que había escogido le faltaba, no amaría ya nunca. Se había realizado tal transformación en aquel corazón virgen, que era imposible que cambiase de nuevo y se adaptase á las necesidades, á las exigencias y á las tiranías de otro cariño. Daniel se daba cuenta de esto perfectamente. Pero no se trataba de analizar sus propios sentimientos, pues su lúcido espíritu juzgaba con sagacidad las diversas fases de su enfermedad moral. En lo que se engañaba era en lo que se refería á los sentimientos de Florencia, porque, á despecho de sus dudas y de sus inquietudes, esperaba todavía é insistía en creer que la joven estaba influida por su padre y que acabaría por hacer prevalecer su voluntad. Y la voluntad de Florencia no podía ser otra, según él, que llegar á ser la esposa de un profesor de filosofía.

Entró en su casa muy cansado, con la fisonomía alterada por la emoción y casi mudo, pues prefería no decir nada á tener que contar á su madre

algo que cediese en desprestigio de la señorita Guepín. Se puso á corregir, para calmarse, una docena de disertaciones elaboradas por algunos muchachos que confundían á Descartes con Condillac y colgaban á Leibnitz lo que había dicho Kant. Le acometió una extraordinaria antipatía hacia su profesión, considerada hasta entonces por él como la más hermosa del mundo, y se acostó temprano para no pegar los ojos y ver en su mente á Florencia sonriéndole con expresión enigmática y negándose á jurarle que sería su mujer.

Por la mañana salió para tomar el aire y disipar las penosas impresiones de la noche, y encontró en la plaza de la catedral á Bernardo que se estaba paseando seguido de un hermoso perro de caza. Su amigo se dirigió á él con los brazos abiertos :

— ¿Adónde vas?

— Á ninguna parte.

— Pues vamos juntos.

Daniel hubiera deseado eludir la compañía, pues sentía aún cierta incomodidad por la pregunta de Florencia acerca de su amigo y la idea de hablar á éste de sus asuntos, no pudiendo darle noticias halagüeñas, le resultaba insufrible. Pero Daniel era una de esas personas débiles que no saben escaparse cuando se trata de cometer con ellas alguna brutalidad. Sufrió, pues, el ascendiente de su amigo y le siguió sin resistencia.

— Y bien, dijo Letourneur, ¿cómo andas con tu hermosa Florencia? ¿Has conseguido quitar las asperezas á su padre?

— El padre me dice que se hará lo que quiera su hija y la hija que obedecerá á su padre.

— ¡Diablo! Esa gente maneja bien la raqueta y les estás sirviendo de volante.

— Exactamente.

— ¿Y piensas permitirselo por mucho tiempo?

— ¿Qué puedo yo hacer?

— Enviarlos á paseo.

Daniel bajó la cabeza, porque sabía muy bien que si alguien era enviado á paseo sería él.

— ¿Pero tanto amas á esa muchacha?

— No sé qué será de mí si me rechaza.

— Pues tienes, sin embargo, que prepararte á alguna cosa muy parecida, dijo Bernardo. No habiendo conseguido arreglar el asunto desde el día de nuestra visita, tu causa está muy comprometida. Vamos á ver, mi pobre Pablo, me da lástima verte tomar las cosas por lo trágico. Á tu edad hay siempre recursos. No estamos en una isla desierta y otras mujeres...

— No amaré más que á ésta en mi vida.

— ¡Cuántos han hecho la misma afirmación y después han sido los peores! En la naturaleza todo se renueva, las pasiones como los elementos.

Si hubiera que pensar y que desear siempre lo mismo no se podría vivir en el mundo.

— Sí, ya sé que la mayor parte de los hombres razonan como tú. ¡Pero qué pobre moral! Después de haberse esforzado tanto por hacerse amar, después de haber pronunciado palabras que jamás hasta entonces han salido de los labios, palabras ardientes y sinceras, hay que repetir las, pero ya sin verdad, como lección aprendida de memoria para representar la comedia del amor. Esto es lo que me aconsejas, pero antes que envilecer de tal modo mi mente y mi corazón, preferiría esconderme en el fondo de un desierto.

— En punto á comedias, eres tú el que representa *El Misántropo*. Querido, si tus ideas fueran corrientes, media humanidad tendría que huir de la otra media por haber sido engañada por ella y no habría bastantes sitios solitarios para los desgraciados que quisieran hacerse anacoretas. Por fortuna no son así las cosas. Los hombres no son tan huraños ni las mujeres tan ariscas y el que sufre una desilusión penosa, se consuela pronto con una agradable realidad. Pareces una especie de cuáquero de los que no transigen con el sentimiento, y es lástima, porque encontrarás mucha gente como Guepín y su hija y muy pocos héroes de inquebrantable fidelidad.

— Pero, ¿qué placer se encuentra en engañar?

¿Para qué dar esperanzas que no han de realizarse?

— Con frecuencia sucede que se quiere y no se puede. Nadie engaña por placer, sino por interés. Es posible que la familia Guepín esté tan perpleja como tú y puede ser también que, al fin y al cabo, se arregle todo á tu gusto. Sin embargo, si así sucede, permíteme que te aconseje reflexionar mucho á tu vez antes de dar el paso decisivo. La señorita Florencia te ha dado la medida de sus sentimientos y sabes á qué atenerte respecto de ella. Tienes la suerte enorme, que pocos hombres alcanzan, de haber penetrado las disposiciones secretas de tu prometida y conocido el flaco de su carácter. Si te casas y eres desgraciado no tendrás derecho á quejarte, porque te han enseñado el lazo antes de caer en él.

Los dos amigos continuaron filosofando sin llegar á una solución que pudiese satisfacer al uno ni al otro. Pero la suerte de Daniel estaba ya decidida y de nada hubiera servido cualquiera resolución por su parte.

El señor Lefrançois pasó una noche muy inquieta á consecuencia de su entrevista con Guepín. Por una parte le mortificaba haber tenido que sufrir las exigencias de su carpintero, y por otra se sentía dominado por un capricho de hombre de cuarenta años, que son los más imperiosos,

porque su violencia depende de la convicción de que el momento es supremo y de que los placeres perdidos no volverán más.

Se defendía aún, sin embargo, y trataba de convencerse de que una hermosa muchacha no valía tantas agitaciones y de que, si le venía en ganas, podría hacer venir á su casa, á la hora que quisiera, á las mujeres más guapas de la comarca. Pero su capricho le respondía : « ¿Para qué? No las mirarías ahora más que antes, puesto que es Florencia, y no otra, la que deseas. ¿Cuál de ellas te ha emocionado? ¿Cuál te ha sumido en este desasosiego que te hace cometer hace quince días todas las tontunas que motejabas á tus amigos? Te creías muerto para las impresiones amorosas y te animas de repente ante la mirada de una chiquilla hasta encontrarte dispuesto á todos los sacrificios. »

Y el banquero, que se paseaba por su despacho como un oso en su jaula, gruñía : « Todos los sacrificios, en último caso, menos el de mi libertad. » Aún resistía. Hombre de carácter y que sabía defenderse, no se le llevaba de una oreja como á un muchacho y sabía todos los secretos del oficio. Conocía la astucia, la falsedad, la ambición y la crueldad de las mujeres y no estaba dispuesto á alterar su existencia, tan hermosa, tan segura, tan próspera, por los bellos ojos de Florencia. La

deseaba, sin embargo, y su instinto de comerciante le aconsejaba que tratase de comprarla.

Fué á casa de Guepín, que había bebido con algún exceso en la comida y estaba en el comedor saboreando la última copa de *cognac* cuando apareció su cliente. El carpintero se encontraba en ese estado de beatitud gástrica que hace á los mortales expansivos y tiernos. Ofeció al banquero la mejor butaca y se disponía á ofrecerle un brindis mutuo, pero la mirada de Lefrançois le pareció tan feroz que no pudo menos de interrumpir sus accesos hospitalarios.

— Guepín, dijo el banquero, después de un rato de silencio, he reflexionado sobre lo que usted me dijo y creo que los dos nos equivocamos al tratar de casar á Florencia. Es aún muy joven y, por otra parte, usted no puede tenerla en su casa. No es sitio conveniente para una joven como ella un taller frecuentado por hombres generalmente mal hablados. Lo que convendría es que viviese en una casa rica, al cuidado de una persona seria y recomendable... De este modo podría esperar á ser mayor de edad... Es cuestión de tres ó cuatro años... Usted estaría tranquilo, ella sería dichosa y el matrimonio que hiciera en el mundo en que había vivido sería más ventajoso que el que usted le había preparado...

Guepín escuchó el discurso de Lefrançois con

aspecto pensativo. Se rascó violentamente la cabeza y dijo :

— Sí, todo depende de quién sea la persona seria y recomendable... ¿Quién es esa señora ?

— ¿ Qué señora ? interrumpió bruscamente Lefrançois. ¿ Quién ha hablado de una señora ? ¿ Y por qué ha de ser una señora ?

— ¡ Toma ! ¿ Pues quién quiere usted que sea ? preguntó el carpintero vivamente. ¿ Piensa usted que voy á poner á mi hija de huésped en casa de un hombre ? ¿ Con quién cree usted que está hablando ? ¡ Un hombre ! ¿ Cuál ? ¿ Acaso usted ?

— ¿ Y por qué no ? ¡ Puede usted hacer ascos á la proposición ! Si yo, que no tengo herederos, consiento en encargarme de su hija no tendrá usted por qué sentirlo ni ella tampoco. ¡ Sí, de mí se trata, está dicho ! Me interesa esa niña y quiero llevármela conmigo. Con frecuencia me aburro durante las veladas y me vendrá bien hacerla leer. Le daré... sí, qué diablo, le daré trescientos francos al mes... ¿ Oye usted ? Trescientos francos que se meterá usted en el bolsillo, porque además me encargo de vestirla... Quiero que esté elegante... ¿ Conviene ?

El carpintero se puso taciturno. Parecía que el ofrecimiento del banquero le apenaba, en vez de satisfacerle. Con la cabeza apoyada en la mano miraba obstinadamente la mesa y no decía nada.

— ¿ Pero está usted dormido ? exclamó Lefrançois. Creo que ya es tiempo de responder.

Guepín dirigió á su cliente una mirada dolorosa y dijo con voz entristecida :

— Señor Lefrançois, usted se engaña acerca de nosotros. En mi familia no se come de ese pan.

— ¿ Pero qué está usted diciendo ? ¿ Qué pan ? ¿ Ahora resulta que no comprende usted lo que se le dice ? Su hija de usted será lectora en mi casa y cuando se case le daré veinte mil francos...

— No, señor.

— ¡ Treinta mil !

— No, señor.

— ¡ Cincuenta mil !

— No, señor.

— Viejo miserable, exclamó el banquero, rojo de cólera, diga usted el precio inmediatamente y sin ambages. Puesto que vende usted á su hija, se le pagará.

Guepín movió la cabeza, con sonrisa desdeñosa.

— No, señor Lefrançois, ni la vendo, ni la alquilo. No se trata de dinero. Mi hija no saldrá de aquí más que dando el brazo á su marido, tén-galo usted entendido.

— Supongo que no esperará usted que me case con ella.

El carpintero miró con insolencia al millonario y contestó :

— ¿Y por qué no? Una hermosa joven vale tanto como un ricacho.

— ¿Y si le doy á usted cien mil francos para dejar el oficio y vivir de sus rentas?

— También viviré cómodamente si usted llega á ser mi yerno, dijo con sorna Guepín. No iba usted á dejar que el padre de su mujer siguiese manejando el cepillo...

El banquero cogió á Guepín por las solapas de la chaqueta y dijo sacudiéndole con fuerza:

— ¡Bribón! abusas de mí... y eres el primero. Pero ya me llegará mi vez.

— Eso ya lo veremos. Por de pronto, usted no me la pega...

— Tráigame usted su hija mañana. Quiero verla y hablar con ella.

— ¿Quiere usted examinar la mercancía? Nada más justo. En ninguna parte encontrará usted, á su edad y con su físico, una compañera tan seductora ni mejor madre para sus hijos. ¡Buena suerte tendrá usted! ¿Pero qué va á decir el profesor?

— Que diga lo que quiera. No voy á preocuparme por ese imbécil.

— Entonces, mañana por la noche le llevaré á usted mi hija. ¡Oh! Cuando la vea usted estará más amable que ahora con el pobre diablo de su padre... al que ha sacudido usted hace un mo-

mento. Es preciso que no se acostumbre usted á esas maneras, porque mi hija me ama y podría hacerle á usted arrepentirse de sus vivacidades.

— ¡Bueno! Quedemos en paz, gruñó el banquero.

Ofreció á Guepín con visible repugnancia una mano que éste estrechó entre sus callosos dedos, y salió pegando con el bastón en los muebles, ya que no podía hacer lo mismo con su dueño.

Al caer la tarde del día siguiente, Daniel experimentó una viva emoción al pasar por la tienda para subir á su casa. Le pareció ver en el taller una graciosa forma femenina, por lo que empujó vivamente la puerta y entró. Á su aparición se oyó un pequeño grito y la seductora silueta desapareció en la oscuridad.

Daniel se quedó inmóvil dudando si aquello era un sueño. Tenía aún, sin embargo, ante los ojos la falda que acababa de desaparecer, y en el oído la exclamación que acompañó á su fuga. Á no dudar, era Florencia la que estaba allí y huía de él. Sospechó maquinaciones misteriosas y quiso conocerlas, para lo cual siguió el camino que había seguido la joven y entró en la sala de Guepín. No había nadie, pero no bien había entrado cuando apareció el carpintero. El padre de Florencia parecía visiblemente contrariado, y

Daniel le observaba, en la seguridad de que pasaba en la casa algo extraordinario.

— ¿Quería usted hablarme, señor Daniel? dijo el carpintero.

— Á usted no, respondió atrevidamente Daniel, sino á su hija, que estaba ahí cuando he llegado.

— ¿Mi hija? ¿Dónde tiene usted la cabeza? Florencia está todavía en casa de su tía.

— ¿Quién era entonces la que estaba en el taller hace un momento?

— La criada, sin duda, ó la mujer de un obrero que venía á pedir dinero adelantado de la paga.

— Era su hija de usted, no me equivoco, que ha huído al verme. Y usted trata en este momento de engañarme. ¿Qué significa esto? Hace mucho tiempo que usa usted de doblez conmigo, señor Guepín. Diga usted de una vez lo que piensa y lo que quiere. Estoy ya cansado de dudas.

— Entonces, amigo mío; más vale jugar á cartas vistas. Así como así, yo también estoy cansado de estos líos. Quería ahorrarle á usted disgustos, pero una vez que se adelanta usted á las explicaciones, pongamos los puntos sobre las fes. Sí, señor, era mi hija la que estaba ahí. Llegó anoche.

— ¿Y por qué me lo ha ocultado usted? preguntó Daniel con voz ahogada.

— Por que no me gustá decir á nadie cosas que han de mortificarle.

— ¿Qué ha resuelto usted pues? ¡Hable de una vez y tenga la bondad de acabar su explicación ya que ha tenido el valor de empezarla!

— Pues bien, he reflexionado y he llegado á comprender que no nos conviene usted ni á mi hija ni á mí... Es usted muy superior á nosotros... Necesitaríamos esforzarnos mucho para ponernos á su altura y, aun así, creo que, por mi parte, jamás lo lograría. Es prudente no querer estirar el pie más de lo que cubre la manta... Usted es un sabio y yo un borrico, lo que le haría á usted despreciarme y todo iría al diablo, porque mi hija intervendría y, naturalmente, usted pagaría los vidrios rotos... Un tronco en el que los caballos no van al mismo paso no es bueno para tirar del coche... Mientras usted tendría gana de trabajar, mi hija no pensaría más que en distraerse. Es joven, no conoce el mundo y, ¡qué demonio! tendría usted que dejar sus libretos y frecuentar la sociedad. Á usted no le gusta eso, porque jamás se le encuentra fuera, y nada le atrae más que su casa. No, seguramente, mi hija no se conformaría con semejante existencia. Florencia tendrá dinero, no está desnuda, y su padre no está para morirse... Usted no tiene nada más que su plaza y si llegase á fallecer, tendría yo que cargar con la viuda, que vendría sin arras... Hay que prevenirlo todo en la vida, porque nadie sabe la suerte que le está reservada. Á usted

mismo no le halagaría la idea de que su mujer volviese á caer en la oscuridad después de perderle...

Guepín se estuvo hablando así más de diez minutos sin que Daniel le interrumpiese. De pie, apoyado en la pared, porque las piernas no le sostenían, sombrío, con la frente baja y los ojos secos, no escuchaba el discurso del padre de Florencia. Una sola frase le había impresionado: « No nos conviene usted. » El resto, que no era más que comentarios, le importaba poco. Con el corazón lleno de un dolor y de una amargura sin límites asistía á la ruina repentina de su soñada felicidad. Al cabo de un instante despertó de aquella especie de soñolencia moral, mientras que Guepín, que ya no hablaba, le miraba con inquieta curiosidad. Daniel cogió el sombrero de encima de la mesa, hizo una inclinación de cabeza al carpintero y salió sin pronunciar una palabra. Guepín se quedó diciendo:

— ¡ Bueno! ¡ Esto tiene gracia! tenía miedo de que se muriese al escuchar la noticia y ni siquiera parece que le importa nada! ¡ Qué estúpido era yo!

Andando sin saber á dónde iba, Daniel llegó á la orilla del río, y se detuvo en un paraje desierto. Sentado en el musgo, se puso á meditar mirando el agua, en la que se reflejaba la clara luna, y le pareció que sería una deliciosa sensación la de sumergirse en la corriente silenciosa y rápida, para aniquilar

su pensamiento é interponer para siempre aquella barrera tenue, acariciadora y helada entre él y la maldad, la falsedad y la bajeza de los hombres. Quiso dormir bajo las aguas murmuradoras, que mecerían su dolor y le harían sumirse en el último sueño. Se levantó, bajó á la orilla y se inclinó. Un solo movimiento y hubiera descendido con los ojos cerrados al postrer asilo.

Pero en el instante supremo, cuando oscilaba entre la vida y la muerte, se representó de repente en su pensamiento, como si se desgarrase un velo ante sus ojos, la imagen de una morada, en la que velaba una anciana, trabajando á la luz de la lámpara y esperando su vuelta. La veía distintamente y como por una especie de magia le pareció que la oía murmurar: « ¡ Qué tarde vuelve esta noche! ¿ Le habrá sucedido algo? » En un instante le pareció que despertaba de una espantosa alucinación. Miró al rededor de sí y se encontró con los pies en el agua, pronto á precipitarse. Reconoció en la oscuridad ya profunda, el sitio en que se encontraba, se dió cuenta de su tentativa inspirada por la desesperación y empezó de nuevo á sufrir por su amargo infortunio.

Pero había vuelto á la razón y al sentimiento de sus deberes y no pensó ya en morir. Se separó del río y emprendió lentamente el camino de la ciudad. La oscuridad era intensa y muy raros los

transeuntes. De este modo llegó á la plaza de la Catedral y un invencible instinto le impulsó hacia el atrio. Había un postigo abierto todavía; entró y en el recogimiento de la inmensa nave el ruido de sus pasos le hizo estremecerse. Se aproximó al altar, que estaba alumbrado por una pequeña lámpara, y envuelto en la tibia oscuridad del santo lugar, de rodillas é inclinado sobre las losas, como hacía poco lo había estado hacia las aguas, pero más tranquilo y más dueño de sí mismo, Daniel oró durante mucho tiempo.

Largo rato hacía que estaba absorbido por sus meditaciones, cuando le hizo volver la cabeza un ligero movimiento que se produjo detrás de él. Un sacerdote, llegado hasta él silenciosamente por la espesa estera que cubría las losas del coro, estaba á su lado y le miraba con interés. Durante un momento se examinaron el uno al otro, hasta que el joven se levantó y saludó levemente. El sacerdote, impresionado por la palidez, la alteración del semblante y la tristeza de los ojos de Daniel, se aproximó y le dijo con voz grave:

— ¡Hace mucho tiempo que está usted ahí!... He retardado el cerrar las puertas para no molestarle.... Pero el bedel está esperando y no se le puede detener aquí más tiempo que el de costumbre....

Daniel bajó la cabeza y dijo con voz quebrada:

— Doy á usted las gracias, padre.

El sacerdote hizo un ademán de piedad.

— Parece que sufre usted, hijo mío....

— Mucho.

— ¿Viene su mal del cuerpo ó del alma?

— Del alma.

— ¿De donde venía usted cuando entró aquí?

— Venía de intentar matarme.

— ¡Un suicidio! ¡Qué crimen! ¿Pero no tiene usted en el mundo nadie que le ame?

— Tengo á mi madre.

— ¡Tiene usted madre y piensa en dejarla!

— Ya ve usted que no lo he hecho....

— ¡Pobre hijo mío! ¡Qué desgraciado debe usted ser!

Al oír estas palabras, pronunciadas con sincera conmiseración, el joven se estremeció, dirigió al sacerdote una mirada de agradecimiento y, presa de una repentina debilidad ante aquel desconocido que era el primero que parecía compadecerle y que trataba de consolarle, se echó á llorar amargamente.

— Vamos, hijo mío, dijo el sacerdote cogiendo al desgraciado por el brazo con ademán paternal, no estemos aquí. Venga usted conmigo, saldremos á la plaza y hablaremos paseando. Supongo que su madre de usted. estará inquieta y voy á acompañarle hasta su casa. Mañana, si usted quiere,

me contará los motivos de su desesperada resolución. Ya ha comprendido usted que no era buena, puesto que no la ha realizado; yo trataré de probarle que se debe hacer algo mejor que abandonar la vida porque nos hace probar sus miserias. Nuestro paso por esta tierra de miserias y de lágrimas es muy corto y debemos sufrirlo con resignación y servirnos de las penas para nuestro mejoramiento moral. Todo dolor es una prueba de la que hay que triunfar. Pero es muy cómodo predicar resignación á un corazón que sufre y usted me dirá que mis teorías no le dan alivio alguno, añadió el sacerdote en tono cordial. Váyase usted á su casa; su madre será más hábil que yo y la conversación que ella empieza yo me ingeniaré para acabarla.

Salieron juntos, y en la densa noche y apoyados el uno en el otro, como dos amigos, aquellos dos hombres que no se conocían una hora antes, se encaminaron á casa de Daniel.

IV

Hacía dos años que el padre Pablo Daniel era cura de Favières, una de las peores parroquias de la diócesis, cuando corrió el rumor de que el señor Lefrançois había comprado la hacienda de Fresqueville, á unos dos kilómetros escasos de la aldea, y que iría á pasar allí el verano. El primer movimiento del cura al saber la noticia fué irse á Beaumont para solicitar del obispo un cambio de residencia. La idea de ver á los señores de Lefrançois le era insoportable, pero la necesidad en que se encontraba de confiar á su superior los motivos que le hacían desear alejarse de Favières, le pareció sumamente penosa. Remover todas las cenizas del pasado, analizar ante un extraño, por benévolo y esclarecido que fuese, los sufrimientos que le habían hecho abrazar la vida religiosa, confesar sus nuevas preocupaciones, explicar sus